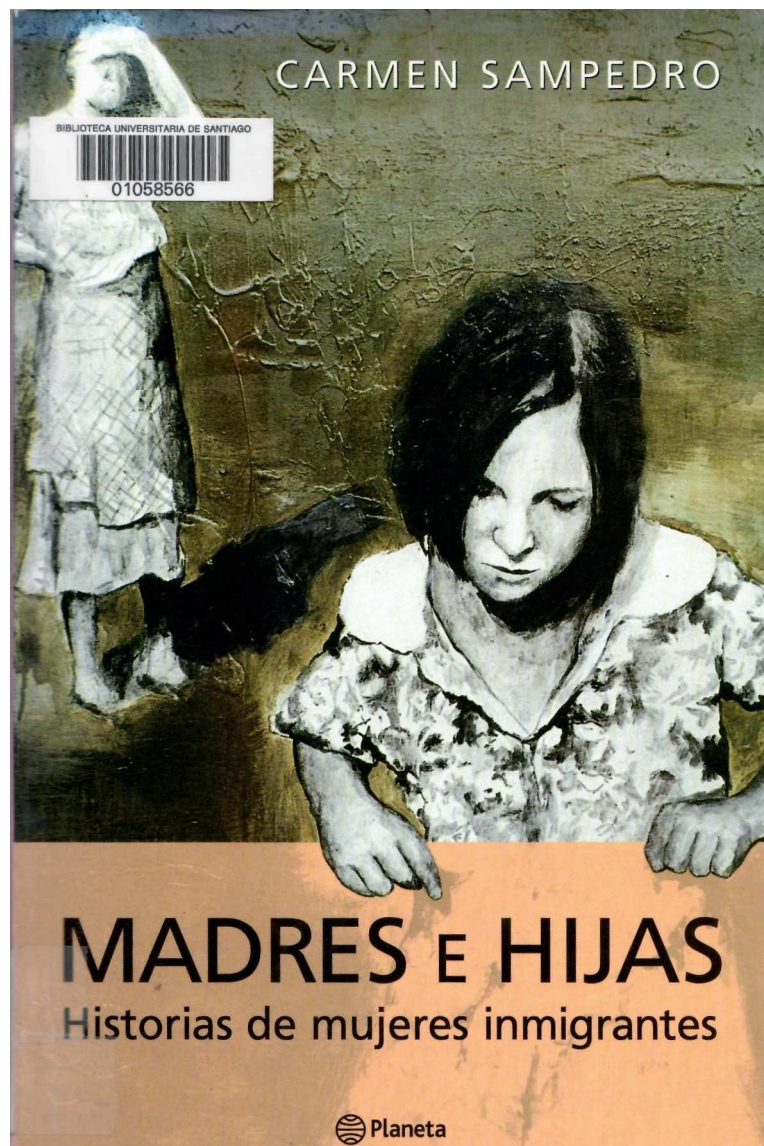




NI HITLER PUDO CONMIGO

TENGO SETENTA Y DOS AÑOS, soy una sobreviviente de los campos nazis y Steven Spielberg filmó mi vida. Ahora me quedan por cumplir tres deseos: estudiar inglés, aprender a nadar y volver a Polonia. Pero antes de hablar de todo lo que pasé en la guerra, prefiero empezar por mi vida en la Argentina.

Yo acá tenía un padre que casi no conocía porque vino en el año 1938 y de a poco trajo a cinco de mis hermanos. Después de la guerra, cuando me encontraba en París con mi marido y mi hijo, teníamos la oportunidad de emigrar a Canadá pero yo no quería morir sin ver a mi padre. Porque cuando los alemanes llegaron a Chmielnik y fui separada de mi mamá y mis dos hermanos más chicos, nunca más los volví a ver con vida. Yo tenía mucha necesidad de reunirme con la familia que me quedaba.

Llegar a Buenos Aires no fue fácil porque como era el tiempo de Perón, el año 1948, no dejaban entrar judíos a la Argentina. Viajamos hasta Uruguay y tuvimos que cruzar la frontera ilegalmente. Pero ya en el puerto de Montevideo reconocí a uno de mis hermanos. Mientras la gente bajaba del barco mi marido me dijo: "Fijáte, Tauba, si está tu papá". Yo le contesté: "Mirá, creo que mi papá no está y aunque estuviera no podría reconocerlo. Pero me parece que hay un hermano mío loco que sí está". Me preguntó: "¿Cómo sabés?". Y le dije: "Si se está peleando con todo el mundo debe ser mi

hermano". Y lo era. Se estaba peleando porque él quería subir al barco y no lo dejaban.

Nos quedamos en Montevideo seis semanas hasta que mi hermano encontró a alguien que nos podía llevar a la frontera. Nos dijeron que teníamos que comprar zapatillas porque íbamos a caminar mucho. Llegar de Montevideo a Buenos Aires nos llevó diez días, y hasta el día de hoy digo que si me ponen un castillo de oro no hago más ese viaje. Fuimos cambiando de camiones hasta llegar a Paraná y después tuvimos que cruzar el río en lancha. Yo tenía una sed que me moría y pensé: "Bueno, después de haber sobrevivido a tanto espanto me vengo a morir acá". Recuerdo que le hice cuatro nudos a un pañuelo y tomé el agua de ese río. Era tan amarga que fue peor. Nunca me olvido de ese viaje. Después de más camiones, tomamos un tren hasta Chacarita y luego un taxi.

Fuimos a la casa de este hermano que nos había ido a buscar a Montevideo. Vivía en la calle Gaona y ahí estaban mi papá, mis otros dos hermanos con sus mujeres, mis dos hermanas con sus maridos y todos sus hijos. Pero cuando llegué pensé que si me hubiera tragado la tierra sería feliz. Estaban comiendo pan negro con huevos duros y parecía la última cena. Yo miraba a mi marido y mi marido me miraba a mí. Los dos habíamos sido prisioneros de guerra pero esperábamos otra cosa de la Argentina. Además en el encuentro con mi padre no hubo emoción ni alegría. Yo miraba a todos y le pregunté a una hermana: "¿Quién es mi papá?". Y un señor contestó: "Yo soy tu papá". Eso fue todo.

Nos quedamos en la casa de mi hermano. Había una cocina con carbón, humo, roña, vidrios por todas partes. Parecía peor que un campo de concentración. En la pieza había un aparador con otro aparador encima. Nos abrieron una de esas camas que se abren de noche y ahí nos acostamos con mi marido y mi hijo. Yo lloraba y mi marido me decía: "No llores, estamos en la Argentina. Vamos a trabajar, no va a faltar nada".

Después nos fuimos a vivir al conventillo donde estaba mi padre. Para mí siempre fue como un desconocido. Cuando le decía algo siempre me contestaba que estaba loca. A veces le preguntaba:

"¿Si me decís que tenés plata por qué vivís en este conventillo?". Era para enfermarse porque la gente que vivía ahí, en lugar de pasar por el patio trasero entraba por la sala de él. Uno no podía ni comer ni dormir ni nada. Además no había baño, sólo un agujero. Yo lloraba y le decía: "Papá, ¿esto es la Argentina?". Y él me contestaba: "No llores, no te recibí con una madrastra". Yo no podía creer que había terminado ahí después de todo lo que había sufrido. También me daba enojo que mi padre, teniendo plata, viviera como un miserable. Era un sastre y podía vivir mejor. Me decía que ahorrraba la plata por si venía mi mamá y yo le contestaba: "Bueno, mamá no vino, está muerta".

Mi marido empezó a trabajar en una fábrica de tejidos y yo me quedaba en ese conventillo con mi hijo. Lo único que le pedía a Dios era tener un baño. Porque éramos unas doce personas viviendo ahí y apenas entrabas en esa casilla con un agujero que llamaban baño, ya te golpeaba la puerta otro vecino que también quería entrar. Lo único bueno de esos seis meses en el conventillo fue una española que me enseñaba castellano, porque yo sólo sabía hablar polaco y alemán. Me acuerdo que me mostraba una cuchara, un plato, un tenedor y me decía cómo se nombraban en español. Yo seguía llorando por las noches y ahorrando peso sobre peso de lo que ganaba mi marido. El nene me decía: "¿Me comprás un helado?". Y yo le contestaba: "Mañana".

Después nos pudimos mudar a un departamento con pieza, cocina y un patio a una cuadra de Gaona. Yo me quedaba en casa con el nene y empecé a descubrir cómo era la vida acá. Me acuerdo que pasaba un vendedor por la puerta y dejaba todo lo que una quería por cincuenta centavos: platos, una olla, una colcha. Yo pensaba: "Está loco, ni me conoce y me da todo". Fui armando mi casa de a poco. Compramos una cama, un colchón, una cómoda. La cuna para el chico me la regaló una vecina. Y así empezamos a luchar.

Mi marido seguía trabajando en la fábrica y después de ahorrarnos unos pesos se compró una maquinita para hacer guantes. Yo también aprendí y, cuando él estaba en la fábrica, hacía los guantes. No era una mala vida. Lo único que me preocupaba es que todavía no ha-



blaba bien castellano, sólo palabras sueltas. Además no sabía reconocer la intención que podía tener la gente cuando me hablaba.

Me acuerdo que iba a la carnicería de un paisano, él tenía una joroba y la mujer era renga. Cada vez que entraba decían: "Pobrecita, la hija del sastre". A mí me daba mucha bronca. Un día me enojé tanto que le dije a la mujer: "¿Yo qué pobrecita soy? Usted es pobrecita porque es renga y su marido jorobado. A mí no me falta ni me sobra nada".

Cuando se lo conté a mi papá, él se quería morir. Me dijo: "Taubá, acá una mujer se casa y dicen 'Pobrecita, se casó'. Nace un chico y dicen 'Pobrecito, qué lindo'. Siempre dicen pobrecito". Yo no lo sabía. Pensaba que era por mí, porque me tenían lástima. La cuestión es que de vergüenza, no volví más a esa carnicería.

Empecé a ir al negocio de un italiano. Cada vez que entraba me ponía a leer el pizarrón para ver si entendía algo. Ellos creyeron que yo era una inspectora de Perón. Dejaban de atender a las demás mujeres para atenderme a mí y no me cobraban mucho. Lo que valía más, a mí me lo cobraban menos. Un día le dije a una vecina: "¿Por qué cuando yo entro dejan todo y me atienden?". La vecina me preguntó si leía el pizarrón y le contesté que sí, para ver cómo se decían las cosas: carne picada, asado, y también para saber cuánto costaban. Entonces ella me dijo que creían que era una inspectora de Perón. Les aclaré todo a estos italianos y me entendieron perfectamente. Aunque hablaba poco me hacía entender. Una vez fui a comprar lavandina a otro negocio y como no sabía la palabra dije cloro. Y me dieron lavandina. No era tan complicado hacerse entender.

Teníamos buenos vecinos, mi marido ganaba plata y pudimos empezar a disfrutar un poco. A veces íbamos a Corrientes y Florida a comer una porción de pizza con una coca cola, otras veces a los teatros judíos y también al cine a ver dibujos animados. Acá nos fuimos acostumbrando a todo. Hoy puedo decir que como más comida italiana que judía. Ahora que mi marido murió, paso la Navidad con unos amigos calabreses. Celebro las fiestas judías y las católicas.

Yo me empecé a sentir bien en este país cuando me fui del conventillo a ese departamento con un patio y un baño. Me acuerdo que cuando tiraba la cadena y salía del baño decía: "Gracias a Dios". Un día, una vecina de la que me separaba una medianera tomó coraje y me dijo: "Doña Teresa, le voy a hacer una pregunta: ¿Qué le pasa a usted en el baño? Porque cada vez que tira la cadena dice: 'Gracias a Dios'. ¿Pasa algo?". Y le dije: "No, cuando llegué a la Argentina, lo único que le pedía a Dios era tener un baño para mí sola. Y Dios me lo dio".

La vida en tiempos de guerra

Yo nací en Polonia, en el pueblo de Chmielnik, y vivía ahí con mi mamá y dos hermanos más chicos. Era el año 1939 y esperábamos que mi padre nos mandara el dinero para viajar a la Argentina. Ya se hablaba de la guerra, se decía que en Alemania estaban haciendo desaparecer a los judíos, pero nadie creía en eso. Se pensaba que podía haber una guerra pero no un exterminio dirigido contra nosotros. Me acuerdo que la gente que tenía plata iba al almacén para comprar comida y guardarla.

Nosotros éramos pobres y yo miraba a mi madre a los ojos y le decía: "¿Mamá, qué hago?". Esperaba que me mandara al almacén para comprar comida, como los demás, pero ella me contestaba: "Traé agua. Cuando pase algo y a uno le duela la cabeza o la panza, no se va a poner fideos para curarse. Tiene que tener agua para tomar el remedio". Como la palabra de la madre era sagrada, yo iba hasta la calle principal donde había una bomba. Conseguir agua tampoco era fácil porque siempre había mucha gente haciendo cola. El último día que el pueblo de Chmielnik fue libre, yo hice ese trabajo: me puse a la cola y volví a casa con mi balde de agua.

Los nazis entraron de noche. Era el mes de septiembre y yo tenía doce años. No pudimos dormir porque durante toda la noche escuchamos movimientos de tanques, movimientos de soldados y teníamos miedo de salir para ver qué pasaba. A la mañana ya había

muertos en las calles. Unos días después juntaron a algunos judíos del pueblo, los llevaron al templo y lo quemaron con ellos adentro. Los alemanes también empezaron a poner una ley nueva cada día. Como dice Cipe Lincovsky: "Un día había que entregar joyas, pero yo no me preocupé porque no tenía joyas". Otro día había que entregar pieles y todos los días había que hacer trabajos forzados: sacar nieve de las calles, sacar piedras de un lado para ponerlas en otro. Todo era para mortificarnos.

Yo tenía que hacer algo porque era la mayor y mi madre ganaba muy poco como modista. Pero los ricos son ricos en todas partes y algunos judíos que tenían plata me pagaban para sacar la nieve por ellos. Y ahí iba yo, vestida con un pantalón y una gorra que me cubría el pelo y parte de la cara. Una vez un soldado alemán me preguntó: "¿Vos sos un muchacho?". Le dije: "No, soy una chica". Entonces me contestó: "Éste es un trabajo de hombres. Por decir la verdad, hoy no te pego ni te corto el pelo. Pero la próxima vez te mato".

Después, con otro montón de chicas, fuimos a trabajar a una plantación de tabaco a dos kilómetros del pueblo. Uno de mis recuerdos de esa época es que todo estaba lleno de perros dispuestos a morderte: los alemanes tenían perros, el señor polaco que era dueño de la plantación también tenía perros.

Siempre me pregunto lo mismo: "¿Por qué en la Argentina ningún perro muerde y en Polonia todos mordían?".

Todavía no me lo explico.

En la plantación, más que la ganancia del trabajo, lo importante era que uno podía robar algo: una zanahoria, unas hojas de tabaco. Yo las robaba para venderlas porque el tabaco era muy cotizado. Como todo el mundo robaba siempre nos revisaban al salir, pero a mí nunca me pescaron. Una vez me llamó el señor polaco dueño de la plantación y me dijo: "Por más que me digas que no robás no te lo voy a creer, pero quiero saber cómo lo hacés". Yo le contesté: "Si usted me jura por su mamá, por su abuela y por Cristo que no me va a pegar y no me va a despedir, yo le digo cómo robo".

Entonces le conté. "¿Usted ve que al mediodía viene mi hermana a traerme la comida? Bueno, no me trae nada. La olla está vacía, yo agarro la cuchara y hago que como. Después pongo adentro lo que robé y le devuelvo la olla a mi hermana. Si usted no me despide yo no voy a robar más". A él le gustó mi audacia y dejó que siguiera trabajando. Pero yo encontré otras maneras de robar. Me tuve que hacer ladrona porque no había comida y nos moríamos de hambre.

Así pasaron dos años. Los judíos iban desapareciendo y los alemanes decían que los llevaban a hacer trabajos forzados. La gente que tenía plata se hacía botas largas de cuero y todo el mundo tenía una mochila preparada por cualquier cosa. Mi mamá no tenía nada: solamente a su alma y a nosotros.

Un día los alemanes dijeron que teníamos que salir a la calle principal para ver cuánta gente joven había. Cuando salí de casa mi mamá me dijo: "Acordáte que tu papá vive en la calle Velasco 180 de la Argentina. Si por cualquier cosa nos perdemos, nos encontramos ahí". Cuando llegué a la calle principal vi que estaba llena de camiones y de alemanes con perros. Me subieron a uno donde ya había muchas chicas y muchachos. Algunos gritaban, otros lloraban. No recuerdo cuánto duró ese viaje sin agua, sin alimentos, sin nada. Muchos murieron y a los que trataron de escapar los mataron. El único que logró huir hoy vive en Canadá, pero por culpa de él mataron a diez.

Finalmente llegamos a un lugar con muchos trenes y como siempre, todo estaba lleno de alemanes con perros. A los sobrevivientes del viaje nos pusieron en una barraca y al día siguiente nos llevaron para trabajar en una fábrica de balas en Skavizysko Kamienne, dentro de la misma Polonia. Entrábamos a las seis de la mañana y salíamos a las ocho de la noche si hacíamos la norma: ocho cajones de balas por día. Dormíamos en una barraca de madera y nos llevaban a la fábrica en carros. Un día me enfermé del tifus de manchas, que acá le dicen fiebre amarilla. Iba enferma a la fábrica porque no quería decir nada. Un mecánico, al verme tan mal, me quiso hacer un favor y me sentó al lado de una máquina para elegir las

balas. Había tres clases: amarillas, marrones y negras, y había que ponerlas según el color en cada cajón. Con la fiebre, casi sin poder dormir y siempre con hambre, me equivoqué al poner las balas.

Me llevaron al primer piso donde había una pieza especial, toda de terciopelo rojo con un banquito alto en el que te pegaban. Después de golpearte con un palo tenías que decir "gracias" en alemán. Cuando me dieron ocho palos pensé que habían terminado, me levanté del banquito y dije "gracias". El alemán me agarró y me tiró por la escalera. Me llevaron al hospital y no sé cuánto tiempo estuve ahí.

Un día llegaron varios alemanes al hospital y preguntaron quién quería irse a su casa. Nadie levantó la mano porque sabíamos que era mentira. A mí me eligieron junto a otros enfermos, nos llevaron al bosque, nos quitaron la ropa hasta la cintura y después sacaron fotos. Recuerdo que había muchísimo viento. Vi a dos alemanes que querían prender un cigarrillo y los fósforos se apagaban. No pudieron prenderlos. También vi los pozos que habían cavado, unas zanjas enormes. Yo sabía lo que venía. Los alemanes se alejaron un poco y como yo estaba atrás del grupo de enfermos salté a un pozo. Escuché los tiros y después que un alemán decía: "La mierda está hecha".

Yo empecé a tocarme, sangrar no sangraba y no me dolía nada. Pero pensé: "Dios mío, ¿qué hice? Con una bala me hubiera muerto en un minuto y así no sé cuánto tiempo va a pasar hasta que me muera". Porque salir de ese pozo era imposible. Estaba sola en esa profundidad escuchando a los que habían caído en otros pozos. Algunos todavía se quejaban, se escuchaba llorar. Después sólo se escuchó el silencio, los pajaritos, el viento del bosque.

No sé cuánto estuve ahí. En un momento llegaron dos muchachos para tapar los pozos. Escuché que uno decía: "Qué lástima Tauba que era tan alegre y le faltaba poco para salir del hospital". No sé cómo encontré la voz para decir: "No me lloren que todavía no estoy muerta". Volvieron después con ropa de hombre, me sacaron y me vestí como si fuera un enterrador igual que ellos: con un pantalón, un saco, una gorra y una pala en la mano.

Me llevaron a la oficina de la barraca y ahí una chica, que era judía, me preguntó qué había pasado. Yo había perdido la voz por el shock y escribí todo. Ella me dijo que estaba muerta porque los alemanes llevaban registro de cada cosa que hacían. Me preguntó si me acordaba de un nombre y un apellido para darme una nueva identidad. Me puse Esther Kosovska y al día siguiente volví a trabajar a la fábrica. Ahí nadie sabía lo que pasó. Para los que me conocían, yo había vuelto del hospital.

Después de tres años ahí nos mandaron a otra fábrica de balas en Chestohowa. Muchos de mis compañeros fueron enviados a Auschwitz. Seguimos así hasta que un día apareció un alemán y nos dijo que los bolcheviques iban a llegar y nos iban a cortar las manos. Yo sabía qué eran los rusos pero no tenía idea de los bolcheviques, hasta que una compañera me explicó que eran enemigos de los nazis. Entonces pensé que no nos podía ir peor y que sería bueno que llegaran.

Me acuerdo que un día, hacia el final de la guerra, estábamos en el patio del campo de prisioneros. Era pleno invierno y todo estaba cubierto de nieve cuando empezaron los bombardeos. Alrededor había fuego y nosotros seguíamos en el medio del patio sin entender nada. Algunos alemanes corrían, otros se escondían pero no sabíamos qué pasaba. Después nosotros mismos empezamos a saquear los almacenes del campo para poder comer.

Cuando llegaron los rusos la gente bailaba en las calles. Yo seguía con desconfianza y estuve dos días en la barraca sin querer salir. Unas compañeras vinieron a buscarme y todos los que quedamos vivos nos juntamos en un colegio frente a una iglesia. En ese colegio cada uno ocupó su lugar pero nadie quiso estar solo. Vivíamos reunidos en las habitaciones hablando, cantando. Cada chica eligió su muchacho y yo conocí ahí a mi marido. Él había estado en otro campo y también había sufrido mucho. Después me enteré que apenas me conocí, hizo la apuesta de que se iba a casar conmigo.

"Que nadie sienta mi sufrir"

Después de la guerra quise ir a mi pueblo pero hubo una matanza en Kielce: los polacos mataron a todos los judíos que salieron de los campos de concentración. Yo supe en mi corazón que mi mamá y mis hermanos no estaban vivos, pero había maneras de comunicarse y siempre insistía. Como todos los sobrevivientes, a cada lugar que llegaba dejaba un papel que decía: vive fulana, hija de tal, y anotaba una dirección.

De Polonia me fui con mi marido a Alemania Occidental donde vivimos en un campo para refugiados. En cada pieza estábamos tres matrimonios separados por un ropero. Mi marido consiguió trabajo repartiendo leña y yo limpiaba oficinas para ganar algunos pesos. Después quedé embarazada y tuve a mi hijo. Durante los tres años que vivimos ahí escribía a todos los diarios para encontrar a mi familia. En los avisos siempre ponía el nombre del pueblo en el que había nacido, el de mi madre, el de mi padre y la dirección en la que podían encontrarme. Un tío que vivía en Norteamérica leyó uno de esos avisos y me escribió. Ahí surgió la oportunidad de que nos fuéramos a Canadá. Pero yo quería ver a mi padre, me saqué una foto con mi marido y mi hijo y se la mandé a Buenos Aires. Después tuvimos que viajar a Francia para poder embarcarnos hasta Montevideo.

Ahora lo que más me preocupa, como dice el tango, es que nadie sienta mi sufrir. No soy de llorar ni de estar deprimida, pero cuando aflojo un poco no quiero que nadie se entere. Mi vida fue un lecho de espinas y algunas se me quedaron clavadas. Pero eduqué bien a mis hijos y mis nietos están orgullosos de mí.

Tengo una vida muy activa porque pertenezco al grupo de tercera edad del templo de la calle Arcos, en Belgrano, donde hacemos de todo: bailamos, cantamos, contamos historias. Hace dos años vino un rabino y nos dijo que Steven Spielberg estaba buscando testimonios de los sobrevivientes. Me puse en contacto con una chica que hacía la investigación y ella vino a mi casa con dos muchachos para filmarme. También estuvieron presentes mis hijos y mis nietos.

Cuando me pidieron una reflexión final, dije que es muy difícil contar con palabras, porque ni una misma puede imaginar que vivió lo que vivió. Todo fue una pesadilla tan terrible que todavía no comprendo cómo pude sobrevivir.

Ahora estoy escribiendo mis memorias y creo que ese libro es la mejor herencia que puedo dejar a mis hijos y mis nietos. También me gustaría concretar el sueño de volver a Polonia, a mi pueblo. De verlo como en mi infancia, sin nazis, sin perros.